

CONDICION DEL TRABAJADOR

El papa León XIII, en su famosa encíclica *Rerum Novarum*, dijo:

«Destruídos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros, y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la religión de nuestros padres, poco á poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos é indefensos, por la condición de los tiempos, á la inhumanidad de sus amos y á la desenfrenada codicia de sus competidores.»

Eso, en buen romance, quiere decir que antes de la revolución francesa los obreros vivían felices por estar agremiados y ser buenos católicos.

Pues La Bruyère, célebre moralista francés, que vivió un siglo antes de aquella revolución (de 1646 á 1696), describe al labrador de su tiempo en los siguientes términos:

«Vense ciertos animales bravíos, machos y

hembras, esparcidos por los campos, negros, lívidos y tostados por el sol, inclinados hacia la tierra que remueven sin cesar con una tenacidad invencible; producen sonidos semejantes á la voz articulada, y cuando se levantan sobre sus pies muestran un rostro humano, y en efecto, son hombres. Por la noche se retiran á sus madrigueras, donde se alimentan con pan negro, agua y raíces; ahorran á los otros hombres la fatiga de sembrar, labrar y cosechar para vivir y merecen que no les falte una parte de ese pan que han sembrado.»

Aparte de quedar negada la veracidad del infalible, una verdad resulta evidente de esas dos citas, demostrada con una viveza de colorido que no podría superar, ni aún igualar, por mucho que me esforzara: la triste condición pasada y presente del trabajador, hecha por quienes no pueden ser tachados de ser—ni querer aparentarlo—sus amigos exclusivos.

Para hablar de la condición del trabajador he de empezar por exponer un concepto del *hombre*, porque hombre es por la naturaleza, aunque la sociedad le rebaje de categoría reduciéndole á ser desheredado jornalero frente á frente de otros hombres que son privilegiados capitalistas.

De la edición francesa de *Los Enigmas del Universo*, de Hœckel, traduzco:

«Sobre todas las otras ciencias se coloca, en cierto sentido, la verdadera ciencia del hombre, la verdadera antropología racional. La palabra del sabio de la antigüedad: «Hombre, concóctete á tí mismo,» y esta otra palabra célebre: «El hombre es la medida de todas las cosas,» han sido reconocidas y aplicadas siempre.»

Partiendo de esta base, el nombre de una especialidad profesional aplicado á la idea hombre en forma de adjetivo, puede significar aumento ó disminución. Por ejemplo, un hombre calificado de *productor, científico, industrial, artista*, etcétera, se le considera como aumentado en su ser por la aplicación ó ejercicio de sus facultades en bien propio y de sus semejantes, aplicación y ejercicio necesario, por cuanto su vida depende de ese bien individual y social ó socializado; el que ejerce una profesión que, aunque le beneficie individualmente, perjudica á los otros, es un hombre despreciable, aunque por efecto de la ignorancia, goce de honores y disfrute de pingües prebendas; el que, reducido á mínima condición, por efecto de errores sociales, se ve obligado á desarrollar fuerza material é intelectual por un *mínimum* de recompensa llamado jornal

ó salario, reemplazando en nuestros días y en los países civilizados á los esclavos de otros tiempos y aún en el día de otros países, es un hombre rebajado, disminuído, despreciado, de escaso valer.

Esa es la condición del trabajador: el calificativo de *obrero* con que el hombre que lo es se honra, es una verdadera marca infamante, de inferioridad; por eso se le recompensa con el jornal, que representa el *mínimum* de lo en que la sociedad estima la jornada de trabajo. Para probarlo, no hay más que recurrir á la estadística de la mortalidad, que demuestra que los asalariados, faltos de higiene, de alimentación regular, de descanso, de instrucción, de alegría y de muchas cosas absolutamente necesarias á la vida, mueren en una proporción espantosa comparada con la de los privilegiados, no obstante hallarse éstos también debilitados por los excesos ó por la irregularidad viciosa de su modo de vivir.

En apoyo de esta afirmación, véanse algunos datos que manchan con la responsabilidad á todos y cada uno de los que viven del privilegio.

«Según los cálculos de Deparcieux, de 1000 nacidos ricos, 235 llegan á la edad de 70 años,

mientras que de cada 1000 nacidos pobres, sólo llegan á la misma edad 117.

»En París, en los distritos ricos, la mortalidad anual es de 13 á 16 por 1000, en tanto que en los pobres es de 25 á 31 por 1000. La misma proporción ha sido demostrada por Villermé en Mulhouse y por el doctor Marmisse en Burdeos. La diferencia es todavía mayor en New-York, donde en los distritos ricos se muere en la proporción de 28 por 1000 y en los pobres mueren como chinches; la proporción es de 150 á 196 por 1000.

»El cálculo medio de la edad (eliminando á los niños, que pagan un gran contingente á la mortalidad entre los obreros), es para los patronos de 43 años, y para los obreros de 15.»

A los proletarios les acecha la miseria negra. La estadística ha demostrado, según Canalejas, que la vida media del obrero industrial en Europa, es de poco más de 28 años, y que en muchas industrias el hombre vigoroso pierde rápidamente el 80 por 100 de su energía.

En las principales ciudades de Europa y América, fúndanse ligas humanitarias para combatir la esclavitud en Africa: en algunas hay asilos benéficos para gatos y perros, sociedades protectoras de animales y plantas, y otras dedica-

das al fomento de la cría caballar y se celebran exposiciones para premiar cerdos, gallinas, canarios, etc., y entretanto se ve en los campos de Europa, á la mujer encorvada en el surco al lado del hombre, trabajando rudamente en la plantación como en la siega, y en España, bajo la salvaguardia de la bandera roja y gualda, se puede ver á la mujer uncida con un burro al arado, surcando los campos de la meseta central meridional de la península para producir trigo que se recoge y se guarda en la troje del propietario esperando la ocasión de que haya escasez para venderlo más caro, realizando así mayor ganancia para vivir con más comodidad y mejorar el capital del heredero.

El trabajo de las mujeres complica la situación, porque dados los adelantos de la mecánica, los usurpadores de los medios de producción han puesto el yugo á la mujer y al niño, convirtiéndoles en concurrentes, es decir, en enemigos del obrero, y suponiéndoles menor capacidad productora, han reducido su salario, con lo que se aumenta su capital á la vez que crean una reserva obrera con que defenderse.

Así se da el caso de que en la Francia republicana, según Leroy-Beaulieu, economista que no será recusado por exageración revolucionaria,

hay 200,000 obreras que ganan menos de 50 céntimos diarios. Hay mujeres empleadas en oficios singularmente insanos, intoxicados por la nicotina, por el arsénico, por las sales de plomo, etcétera, que no pueden criar sus hijos ó les transmiten con la leche infecciones morbosas; otras son víctimas de perturbaciones y desórdenes fisiológicos que comprometen su vida y la de sus hijos, de lo cual resulta una mortalidad que alcanza á la cifra horrible de 84 por 100 en los niños de un mes y hasta un 31 por 100 en los niños de un año, siendo en cambio de 20 y de 7 respectivamente en las familias ricas y de 45 y 19 en la clase media.

Sabido es que existen en España, obreras que trabajan todo el día y luego velan en su casa para las obligaciones domésticas cuando no para aumentar con algunos céntimos sus menguados ingresos.

¿Quién que de infecciones de la actual sociedad se ocupa, ignora lo que ocurre en las minas de azufre de Sicilia? Allí, en obscuras cavernas, semejantes á condenados del infierno dantesco, una cadena de niños, medio desnudos, amarillentos, desencajados, esqueléticos, inundados de sudor, **suben** escalones harto elevados para sus débiles piernecitas, cargados con espuertas llenas

de mineral sobre su cabeza, vigilados por capataces que les hostigan con un vergajo ó los achiarran con la lámpara humeante si no activan la marcha.

Paul Bourget dice en *Outre Mer*: «En el Connecticut hay 70,000 obreros, y de éstos, 5,000, el 7 por 100, son menores de 15 años. De 100 obreros de las fábricas de cigarros de New-York, 25 son niños, y el trabajo de los tabaqueros es de diez horas diarias. En Detroit, los niños de las fábricas trabajan nueve horas y dieciséis minutos y las niñas nueve horas y diez minutos.» Y á esto añade Canalejas: «Nótese que recogemos ejemplos tomados de países donde se practica la inspección del trabajo. ¿Qué sucederá donde no existe? *La ley es letra muerta.*»

Existe como causa de mortalidad obrera, lo que Rafael M. Labra llama *los contratos de la muerte*, que no otra cosa, son los convenios por los cuales el obrero hambriento por la producción, recolección y conservación de los bienes del burgués, acepta trabajos peligrosos ó jornales deficientes para no morir de hambre en un rincón, y no decidirse á robar, en cuyo caso el Estado le da techo y alimento en la cárcel.

Según el Dr. Arthaud, en un artículo del

Petit Journal firmado Thomás Grimm, la mitad de los trabajadores parisienses son tísicos, y el 80 por 100 de las infecciones, se deben á los locales en que habitan ó en que trabajan.

Considerados desde el punto de vista político, los trabajadores somos el *pueblo*, que es como decir una escoria donde se amontona todo lo humano que no es poder, dominación, excelencia ni riqueza; no siendo rey, noble, gobernante, sacerdote, general, rico ni prebendado de ninguna clase; ni teniendo títulos, ni propiedades, dinero ni sangre azul, se es eso, *pueblo*, que es lo mismo que decir *nada*, aunque luego se dore la píldora con la frase *pueblo soberano*.

En lo social y para lo que se llaman efectos económicos, los trabajadores somos el *proletariado*; es decir, los poseedores de prole necesaria para el gran consumo de sangre del privilegio. Del privilegio que impone su ley diciendo:—Se ha de trabajar en el campo, en el mar, en el camino, en la vía férrea, en el taller, en la fábrica, en la oficina, en el laboratorio, en el despacho, á tanto al día, á la quincena, ó al mes; ve allá, trabaja, cambia, vende, transporta y tráeme á casa la ganancia. Se ha de tener una guardia que contenga y reprima los intentos turbulentos de las masas en un día de impaciencia, que pu-

dieran olvidar los temores supersticiosos impuestos por los funcionarios religiosos, las imposiciones de legisladores y gobernantes ó la charla adormidera de los tribunos populares; ven al cuartel, ponte un uniforme, toma esas armas, mata al rebelde y conserva mi tranquilidad ó el goce tranquilo de la ganancia que me deben esos rebeldes contra el orden establecido. Se ha de tener un ejército además para eventualidades internacionales, prepárate á matar ó á morir por mí.

Y eso es ya viejo. En Grecia, algunos siglos antes de la era actual, existía la hermosa Atenas, la reina de la civilización griega, que mantenía 20,000 super-hombres charlatanes, inútiles en su mayoría, semejantes á esa juventud burguesa y exitista del presente, con el trabajo de 400,000 esclavos; y Esparta, que se tenía por más fuerte y enérgica, cuyos ciudadanos vivían sobre la durísima esclavitud de los ilotas. En Roma, el que no era patricio, y siéndolo era todo lo que hay que ser, era plebeyo, y por serlo era un miserable que se las componía siendo guerrero ó concurrente al circo. En las Galias dominaba una especie de teocracia que cobijaba el mismo género de injusticias. Y no hablemos de aquellos otros pueblos de más remota antigüedad en que existían las castas.

rabán hermanos, no podemos conformarnos con ser, á pesar del sufragio universal, el equivalente y el continuador del esclavo y del siervo de la Antigüedad y de la Edad Media.

Somos hombres, miembros de la gran colectividad humana, sin distinción natural que menoscabe nuestro valer, y, no obstante, en la sociedad ocupamos un lugar inferior á los hombres; somos trabajadores, y como tales contribuimos de modo mucho más considerable á la producción para la satisfacción de todas las necesidades individuales y sociales que los privilegiados de toda clase, y participamos de esa producción en una parte mínima; es decir se nos humilla, se nos desprecia, se nos rebaja en nuestra dignidad de ser humano, se nos defrauda en nuestro derecho de productores, y hasta se nos arroja del mundo. Ya no se dice con Malthus que el que no tenga cubierto en el banquete de la vida no tiene derecho á vivir, sino que se declara el sobrante de trabajadores, se facilita la emigración, se promueven guerras para la satisfacción de intereses particulares y se practica la matanza con el frío cálculo con que se sangraría un cuerpo pletórico congestionado. Y, considérese bien: iniquidad tan enorme se halla rodeada de todos los prestigios, se enaltece en todos los idiomas, cuenta con

el apoyo de todas las fuerzas sociales y su defensa en cada nación se halla encomendada al cuerpo de matones profesionales ó de sayones improductivos.

De aquí que el proletariado consciente se declare contra la Iglesia y contra el Estado, entidades fracasadas, moralmente superadas por el progreso, reducidas á la vil y en último término inútil misión de contener el avance progresivo de la humanidad, en perjuicio de la justicia, en oposición con la ciencia y en defensa de los intereses creados.

A la altura á que hemos llegado, las antiguas creencias, faltas de arraigo en las conciencias, desvanecidas ante las demostraciones y descubrimientos incesantes de la ciencia, viven por pura rutina; por la incapacidad progresiva de la familia, donde domina el atavismo (semejanza con los antepasados), transmitido por la ignorancia con las caricias maternas y los trasnochados consejos de la prudencia paternal, inspirada en la inmoralidad de la moral dominante; por la influencia y poder de los dogmas; por la coerción de las instituciones autoritarias, y por el impulso que recibieron del pasado.

La Propiedad y todos sus beneficiados, dependientes de la Iglesia y del Estado, defienden

la usurpación contra el empuje de los despojados y desheredados proletarios; pero tiene sus días contados, sus años, sus siglos si se quiere, es decir, tiene un plazo fatal, y lo demuestra, entre otras cosas, por una parte, la incapacidad progresiva de las clases privilegiadas, ya que sin la renuncia de ese privilegio que les da vida como parásitos no hay progreso posible, y por otra, la condescendencia que manifiestan muchos de esos mismos privilegiados cuando, confiando en que se les dejará vivir tranquilos, sostienen que la utopía de hoy será la realidad de mañana.

La usurpación está descubierta.

El ideal libertario está bien definido.

Conocemos el mal y su remedio.

Así, el enemigo más temible hoy es el reformista; es decir, el engañoso ó el obcecado desviador; el que presenta al crédulo ignorante un señuelo de falso utilitarismo, restando de ese modo fuerzas al proletariado.

He aquí justificada la actitud de ese proletariado que no espera ningún mesías, que desoye á los que en nombre de la democracia ó del utilitarismo, le ofrecen repúblicas de imposible igualdad de condiciones entre ciudadanos explotadores y ciudadanos explotados; ó falansterios cooperativos, donde el capitalismo, ó, por mejor

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

decir, el ganancierismo, esencialmente expoliador y absorbente, se convierte, á creer sus propagandistas, en instrumento fraternizador; ó una sanción jurídica especial para los trabajadores, especie de derecho obrero que resultaría un privilegio al revés, ya que así como la legislación general existente hasta el día considera como justa la apropiación particular de la riqueza social, ese nuevo derecho sería una confirmación más del despojo que sufrimos los asalariados.

No, el proletariado no va ya al goce de una partícula de justicia otorgada al fin por misericordiosa concesión y aceptada con inmensa gratitud, ni tampoco á obtener una parte de la ganancia que produce la explotación, sino á la conquista del patrimonio universal; es decir, á la realización del derecho inmanente y consubstancial con el ser humano, hombre ó mujer, fundamento único de la igualdad que no transige con la iniquidad anticuada y legalizada, ni admite satisfacciones á dosis mínimas, y niega obediencia al tirano, gratitud al filántropo tanto como desprecia al juglar político.

¿Cómo conseguirá su objeto?

No vacilo en afirmarlo resuelta y francamente: por la *negación anarquista*, que aniquila todas las instituciones empíricamente transitorias con

pretensiones de perpetuas, y por la *afirmación libertaria*, que promete todas las instituciones científicamente definitivas, complementarias de las necesidades del individuo en la íntegra posesión de sus facultades.

Impónese aquí la necesidad de ser más explícito, resolviendo en la unidad la negación y la afirmación indicadas.

Un ideal puede ser una previsión de la realidad: será utópico si su base es ilusoria y ficticia; pero es tan positivo como la realidad misma si se halla comprendido en la concepción de una ley natural y deducido lógicamente del estudio del hombre y del conocimiento de la historia.

El absurdo político, la intuición revolucionaria y el conocimiento sociológico—tres maneras distintas de saber: 1.º por imposibilidad de continuar sosteniéndose un régimen determinado, 2.º por aspiración de justicia, 3.º por inducción científica,— se hallan conformes en esta afirmación:

La humanidad llegará á organizarse racionalmente y á vivir sin autoridad.

Tal es el ideal anarquista, propio del que combate un mal; tiene fe absoluta en el triunfo y, sin embargo, no descansa si á la exposición de su aspiración redentora no añade la negación como un oprobio lanzado al rostro del enemigo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Bien está el ideal así formulado: él es como la revelación de lo porvenir alcanzada por el genio del hombre, á la vez que un castigo infligido á los que han explotado el autoritarismo fundado en la supuesta revelación divina inventada por los teólogos.

Mejor aún que esa manera de formular el ideal es la puramente libertaria, la cual, despojada de todo sentimentalismo, le expone sin resabios de enemistad, sencillo, idílico, sublime, del siguiente modo:

La sociedad humana, organizada racionalmente, vivirá libre y feliz en el curso perdurable de los siglos.

Entre la fórmula del ideal anarquista y la del libertario, ambas de valor racional perfectamente idéntico, existe diferencia apreciable: es la primera característica del combatiente, y participa del carácter del triunfo propio y del recuerdo de la derrota del enemigo; se resiente de la violencia y lleva el sello de la imposición revolucionaria; en tanto que la segunda es la concepción de la ciencia y de la razón, á la vez que la única que nos anticipa el goce supremo de la consideración de aquella humanidad futura que vivirá dando sin interrupción al individuo la ciencia, la conciencia, la posesión de sí mismo y la perfecta

reciprocidad entre los deberes y los derechos sociales.

Reclus, perfectamente documentado como autor de dos de los más importantes libros científicos de la época, la *Nueva Geografía Universal* y *El Hombre y la Tierra*, habiendo estudiado la sucesión de las edades, observando el origen de las clases, las guerras ocasionadas por la diferencia de intereses y el poder progresivo del esfuerzo individual, hallando que son los tres órdenes de hechos que revela el estudio de la *geografía social*, y que en el caos de las cosas se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de *leyes*, dijo un día en una logia masónica en conferencia pública para que su voz repercutiera por el mundo que acababa de estudiar: «La libertad del mundo ha dejado de ser una utopía filosófica y literaria, y ha llegado á ser el fin práctico, activamente buscado por multitudes de hombres que, unidos y resueltos, colaboran al advenimiento de una sociedad en la que no habrá amos, ni conservadores oficiales de la moral pública, ni carceleros, ni verdugos, ni ricos, ni pobres, sino hermanos que tendrán todos su pan cotidiano, serán iguales en derechos y se mantendrán en paz y en cordial unión, no por obediencia á los códigos, que con-

signan siempre terribles amenazas y presuponen una maldad ingénita en el hombre, sino por el respeto mutuo de todos los individuos, observantes, conscientes y científicos de las leyes naturales.»

A pesar de la diferencia expuesta, no existe antagonismo entre el anarquista y el libertario; los dos van al mismo fin, se completan, y pueden concurrir en una misma persona ambas denominaciones: el primero es producto de la época, es un luchador; el segundo es el pensador, el precursor y aun si se quiere el poeta.

Por la acción y por la influencia altruísta y eminentemente salvadora del anarquista-libertario, se va á aquella solidaridad que apresura la evolución y la revolución y ha de conservar después la sociedad libre. Bakounine lo expresó admirablemente en estas palabras:

«Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni por consecuencia realizarla en su vida, sino reconociéndola en los demás y cooperando con ellos á su realización. Ningún hombre puede emanciparse sino emancipando á la vez á cuantos le rodean. Mi libertad, es la libertad de todos; porque yo no soy realmente libre, libre no solo en la idea, sino también en los hechos, más que cuando mi libertad y mi derecho hallan su

conformación y su sanción en la libertad y en el derecho de todos mis iguales.

»Me importa mucho lo que son los demás hombres, pues, por muy independiente que parezca ó me crea ser por mi posición social, aunque sea papa, emperador, rey ó millonario, no soy más que el producto incesante de lo que son los hombres entre sí. Siendo ellos ignorantes, miserables y esclavos, mi existencia se determina por su ignorancia, por su miseria, por su esclavitud. Si, por ejemplo, soy ilustrado é inteligente, su estupidez me limita y me hace ignorante; si soy valeroso é independiente, su esclavitud me esclaviza; si soy rico, su miseria me inspira temor; si soy privilegiado, tiemblo ante su justicia. Quiero ser libre y no puedo serlo, porque en mi derredor todos los hombres no quieren ser también libres, y, no queriéndolo, se convierten para mí en instrumentos de opresión.»
